

# Pensar la velocidad I

**Alejandro Spiegel**

[www.alejandrospiegel.com.ar](http://www.alejandrospiegel.com.ar)



*Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-SinDerivadas 3.0 Unported.*

## PENSAR LA VELOCIDAD I

Alejandro Spiegel

*La travesía real de descubrimiento no consiste en buscar paisajes nuevos, sino en poseer nuevos ojos.*

*Marcel Proust*

Velocidad y cantidad son dos de los rasgos distintivos de esta Sociedad de la Información, que aparecen entrecruzados en distintos aspectos y dimensiones. Por ello, es natural que sea sencillo encontrar buenos ejemplos. Veamos: la impresionante cantidad de informaciones y oportunidades que se ofrecen en Internet y en los diferentes medios de comunicación, y la velocidad con la que puede accederse a ellas.; o la cantidad de datos que puede acumular en forma gratuita cada persona en su computadora, y la gran velocidad con la que se estila interactuar frente a la pantalla.

Y no es casual que sean velocidad y cantidad las palabras que aparecen tan frecuentemente para caracterizar nuestro tiempo: nunca antes en la historia de la humanidad hubo tanta información publicada; y casi ninguno de nuestros antepasados -a excepción, claro, de los Vernes, Wells, Bradburys o Asimovs- imaginó siquiera la velocidad y diversidad de publicación o el escenario multimedia en el que se interactúa en Internet. Efectivamente, en la Red hay mucho de literatura; hay -y gratis- mucho más de lo que nadie podrá leer en su vida; si hablamos de música, de arte, encontraremos discografías o filmografías completas, museos virtuales, etcétera. Y buena parte de todo esto, gratis o casi gratis y en la cantidad que se desee o pueda llevar a su computadora. Estas magnitudes son posibles a partir del extraordinario desarrollo tecnológico que permite acceder rápidamente a semejante cantidad de información. O sea, de nada serviría tener un depósito inmenso de información si se debieran esperar horas para encontrar lo que se busca. Así es que el otro ingrediente, como decíamos al principio, es la velocidad

Pero detengámonos un instante más en la cantidad: ¿Ustedes tienen o tuvieron alguna canción favorita? ¿y una película o un programa de televisión favorito? Ahora, recordemos: ¿cuántas veces escucharon aquella canción? ¿alguna vez se quedaron frente a la pantalla para ver un episodio repetido de su serie favorita de TV? Y sí... nos gustaba, era común repetir lo que nos causaba placer.

Ahora pensemos: con estas posibilidades prácticamente ilimitadas de ver, leer o escuchar siempre algo nuevo; habiendo tanto para descubrir, podríamos pensar que hay -al menos- una tensión con estas tendencias entre “buscar lo nuevo” y disfrutar, repetir, aquello ya conocido y que nos gusta.

Llevado al extremo: para alguien -digamos....Juan- que tomara la firme decisión de conocer *lo que haya* de un tema, quedarse y repetir algo ya visto o escuchado, *habiendo tanto para conocer* sería algo así como una pérdida de tiempo. Este sería el caso de Juan, que quiere toda la velocidad necesaria para recorrer la inmensa cantidad de posibilidades. Juan necesita de toda la velocidad para superar la angustia de llegar a *todo lo que queda por ver*. Pero también hay otras posibilidades, diferentes a las que elige Juan. En este caso, por ejemplo, nos encontraríamos con la lentitud -en lugar de la velocidad- de aquel que se queda y disfruta lo que le gusta.

Tomemos el caso de la lectura -de ficción, científica o general, cualquiera de ellas-: Juan tiene mucho para leer y poco tiempo para hacerlo; por lo tanto, no lee todo; lee fragmentos, retazos a los que intenta darle un sentido que sólo supone porque, justamente, no leyó todo. O sea, pierde el detalle en favor de la extensión de información recorrida. Y en estas pérdidas se encuentran tanto la información que no leyó como la forma en que esta información fue organizada y está presentada. En el caso de lo escrito, los giros, las metáforas, las comparaciones... el modo en que se ha esculpido el relato, pierde relevancia ante la *cantidad* que queda por leer.

Así es como lee nuestro Juan y muchos otros juanes; leen como les *parece natural* leer en estos nuevos dispositivos: la pantalla ofrece un contexto en que la velocidad es el signo, mientras el mouse y el teclado “esperan ansiosos” ser utilizados. En este sentido, la interactividad que tiene la computadora pareciera “invitar” a hacer “algo más” que leer, que contemplar la pantalla, que disfrutar lo que allí se presenta. No en vano, en general se reconoce que alguien tiene experticia en el uso de estas herramientas, cuando descubre la capacidad de *navegar*, de moverse, de ir de aquí para allá, de clickear rápido. Así, el ritmo de los clicks “debe ser” rápido. En este sentido, el navegante de los mares de información se mueve permanentemente.

En su ruta casi no hay puertos ni muelles.

Ni pausa para contemplar, pensar o imaginar. Casi todo eso *es* perder tiempo

En este contexto, cuando hablamos de velocidad, en realidad, nos estamos refiriendo a la relación entre dos velocidades: la que tienen o pueden tener las personas para relacionarse con los nuevos medios de comunicación, y la que pueden desarrollar los distintos dispositivos tecnológicos. En general estas dos velocidades se presentan juntas; así, por ejemplo, se habla de la velocidad con la que las personas usan dispositivos cada vez más veloces. En otros términos, la velocidad potencial de procesamiento de estos dispositivos pareciera “invitar” al humano a usarlos también velozmente.

Y esta velocidad de utilización, aparece naturalizada, razonable, obvia, indiscutible.

Quizás por todo lo anterior, tomémonos un instante y pensemos en la velocidad.

No para organizar una cruzada en su contra.

No.

Para pensarla, nomás.

Porque es bueno pensar en lo que nos pasa.

Y porque el uso de estos nuevos dispositivos nos trae nuevas sensaciones, nuevas experiencias y nuevas formas de experimentar actividades que “antes se hacían de otra manera”.

Y ahora también. Pero no nos adelantemos. Como decía anteriormente, pensemos en la velocidad, en la relación entre la que tienen los dispositivos y la nuestra, la velocidad, el ritmo de las personas; de los docentes y de los alumnos.

Esta “obviedad” de la alta velocidad cuando se usan computadoras, sin embargo, no lo es tanto en otras varias cuestiones: Por ejemplo, respecto a la comida: tanto en la digestión como en la preparación hay una velocidad adecuada, si no, se quema, si no, no sale bien. O no cae bien.

El tránsito es otro buen escenario en el que se encuentran la posibilidad técnica de trasladarse cada vez más rápido y los límites impuestos para que tanto los viajeros como sus conciudadanos no corran excesivo peligro por esa misma velocidad.

Tampoco en el amor la velocidad va necesariamente de la mano con el placer.

Así, distintos campos de la actividad humana nos dan ejemplos que relativizan el “valor bueno” de la velocidad. O sea, intuitiva y empíricamente podemos decir respecto a la velocidad: no siempre, no para todos, no hasta todo lo posible.

Sin embargo, por más extraño que parezca, todo esto que sabemos, no lo aplicamos a las computadoras y a los espacios digitales de interacción.

En estos campos, como decíamos, la ley parece ser la contraria: cuanto más rápido mejor. O, más precisamente, cuanto más información procesada más rápidamente, mejor.

En el entorno Internet, cuanto más rápido se conteste, se escriba, se comunique, mejor.

Pareciera haber una norma, una forma de comunicarse de sentido común y en la que todos los que quieran *estar adentro* de estas comunidades deben respetar: rápido, instantáneo, sintético; o sea, menos frases, menos palabras por frases, menos letras por palabras...

A propósito: según el diccionario algo sintético “reproduce o imita las propiedades y la composición de un producto natural”. O sea, no es natural; y en esta imitación hay cuestiones nuevas que merecen ser pensadas. Las que cambian, las que pueden perderse y las nuevas, los nuevos modos de comunicación. Sí, no todo es imitación de lo que conocíamos antes de la llegada de Internet. En estos espacios de interacción se generan nuevas modalidades y nuevos códigos que muchas veces no tienen referencia directa más allá de las pantallas. Unos y otros temas debieran ser explicitados y pensados por todos y, obviamente, por las nuevas generaciones. ¿Dónde sino en la escuela? Hoy, como siempre, pero más que nunca, se puede decir que hay muchas cosas que se pueden aprender o pensar fuera de la escuela. Sin embargo, también como siempre, pero mucho más que nunca antes, podemos sostener que hay cuestiones relevantes que no se aprenden o no se piensan sin la ayuda de un maestro. Para aquellos que están excluidos socioeconómicamente, efectivamente es el espacio público el que puede brindarles oportunidades que no tienen en el seno de sus familias y, que sea así, es condición necesaria para que puedan tener nuevas chances de integrarse a los distintos espacios sociales. Por otra parte, se podría pensar que los que sí tienen acceso a estas tecnologías en su vida cotidiana, no necesitarían de estos espacios escolares de reflexión y aprendizaje. Sin embargo, sí los necesitan; principalmente, por la cantidad de prácticas -como las que mencionamos anteriormente- que aprenden fuera de la escuela, aparecen para ellos naturalizadas, obvias, y no necesariamente deben ser o hacerse de esa única manera. Y, frecuentemente, tampoco estos niños y jóvenes tampoco tienen espacios y tiempos para reflexionar acerca de lo que viven en estos escenarios digitales.

De esta manera, los temas y problemas vinculados a la velocidad y a la cantidad de información, cuestiones como las oportunidades y peligros diversos que traen estos nuevos escenarios de interacción, deberían ser desplegados en algún sitio y, en general, esto no ocurre en el seno de las familias y, mucho menos, en los grupos de amigos. Entonces, volvemos a la pregunta anterior: ¿dónde sino en la escuela?

Por otra parte, está claro que hay otras verdades y realidades que las generaciones adultas conocen a partir de sus vivencias en otros contextos, en otros tiempos. A partir de estas experiencias ellos saben y han aprendido el valor relativo de la velocidad. Sin embargo, muchos de adultos recién llegados a Internet, aceptan que la tecnología imponga otros ritmos “que hay que aceptar”. Y les parece razonable...natural, indiscutible...

Si esto es así con algunos de nosotros, ¿qué probabilidades tiene un niño o un joven de cuestionarlo?

Si no tiene oportunidades -por ejemplo, en la escuela- de pensar, de analizar estas cuestiones, tiene pocas; muy pocas posibilidades.

Volviendo a las palabras de Proust ubicadas al principio de estas reflexiones, “*la travesía real de descubrimiento no consiste en buscar paisajes nuevos, sino en poseer nuevos ojos*”.

Los paisajes nuevos están y surgen permanentemente en esta Sociedad de la Información. Ése, justamente, no es el problema.

En este contexto, la escuela debiera ayudar a que los niños y jóvenes fortalezcan sus nuevos ojos con nuevas miradas, miradas críticas y curiosas que les permitan elegir autónomamente sus recorridos en la travesía del descubrimiento.

¿Cómo hacerlo? ¿Y los maestros, qué debieran saber? ¿Qué experiencia debieran tener para enfrentar estos desafíos?

En los próximos artículos, trataremos estas cuestiones y propondremos alternativas para su abordaje en el aula.